

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*La explicación del paisaje a través de la imagen**

Son cada vez más frecuentes los trabajos en los que los geógrafos recuerdan la necesidad de entender los paisajes como el fruto del encuentro entre lo natural y lo cultural, con desigual peso de unos y otros factores según los casos, para, de esta forma, llegar a una mejor comprensión de aquellos y de los valores medioambientales y culturales que encierran.

Sin embargo, aún escasean los intentos de llegar a la representación de los paisajes a través de algún tipo de imagen gráfica en la que se exprese el resultado de la interacción mencionada y donde, además, se pongan de manifiesto aspectos tales como las formas en las que de manera particular se concreta el paisaje en cada caso y la dinámica a la que, sobre todo en las últimas décadas, han estado sometidos los paisajes.

Precisamente en esta última línea cabría situar la última entrega del Atlas Nacional que publica el Instituto Geográfico Nacional. Bajo el título *Imagen y paisaje* se recogen las aportaciones en las que casi una treintena de autores dan un repaso a los principales rasgos paisajísticos de las diferentes Comunidades Autónomas del país; pero, sin duda, el aspecto más interesante de la obra radica en el empleo de la imagen para ilustrar los rasgos de los diferentes sectores seleccionados, y no sólo, como suele ser habitual, de la fotografía tomada desde tierra o de la fotografía aérea oblicua, sino también de la cartografía topográfica, de la geológica, de la de usos del suelo, de las imágenes de satélite y de la fotografía aérea vertical.

Poner de manifiesto la variedad de los paisajes españoles es el objetivo de la primera parte de este trabajo («Diversidad de paisajes»), de manera que queden patentes las desiguales condiciones bioclimáticas del país, los matices que sobre esa situación general introduce la topografía, la influencia debida a la naturaleza de los suelos, pero también la forma en que los hombres a lo largo de la historia han puesto en explotación el medio natural, adaptándose a él o adaptándolo a sus necesidades en función de los medios técnicos disponibles en cada momento.

Para cumplir este objetivo se realiza una selección de áreas suficientemente representativa, con el margen de arbitrariedad que necesariamente es propio de cualquier acción de seleccionar, y se ejecuta sobre todas ellas la misma operación a fin de dar una unidad a esta primera parte: la reproducción a escala 1:200.000 de los fragmentos de cada zona correspondientes al Mapa Topográfico Nacional, al Mapa Geológico, a la cartografía de usos del suelo del proyecto Corine Land Cover, y a la imagen pancromática del satélite Landsat 7.

Bien es cierto que se trata únicamente de la reproducción de materiales sin que exista un trabajo de interpretación conjunta de los mismos y sin, lo que sería más deseable, la elaboración de una cartografía propiamente de paisajes a partir de tal interpretación.

Por otro lado, la opción por la escala 1:200.000 (se entiende que se trata de una opción, dado que la propia institución que patrocina la obra dispone de materiales cartográficos y fotográficos de mayor detalle) supone necesariamente que el paisaje se identifique prioritariamente con los usos del suelo, naturales o impuestos por el hombre, en tanto que otros elementos esenciales de aquel, particularmente los relacionados con el parcelario (las formas, la existencia o ausencia de cierres, los tipos

* *Imagen y paisaje*, Instituto Geográfico Nacional, Madrid, 2002, 232 págs.

de materiales empleados en los cerramientos, etc), sólo quedan insinuados, y en algunos casos (los de minifundio) resultan en la práctica imperceptibles.

La segunda parte de este trabajo («Dinámica de paisajes») supone una aproximación a un aspecto de capital importancia en lo tocante a los paisajes españoles: la evolución experimentada a lo largo de las últimas décadas, en particular las de la segunda mitad del siglo XX.

No en vano España era a mediados de la pasada centuria un país en el que el peso de los paisajes agrarios de corte tradicional era muy notable, con unos paisajes industriales directamente vinculados al proceso industrializador decimonónico, con unos espacios urbanos en los que las transformaciones habidas desde la época medieval eran por lo general limitadas, con unas áreas litorales en las que los efectos del turismo aún no se dejaban sentir o con unas infraestructuras de transporte que sólo cabe calificar, si se comparan con las que existían en otros países europeos, de precarias.

Para dar fe de los cambios que se sucedieron a raíz del desarrollismo la fotografía aérea resulta ser un instrumento sumamente eficaz, por cuanto el lapso temporal en el que se producen las grandes transformaciones coincide básicamente con la generalización del uso de la fotografía aérea vertical; es posible, por tanto, ver cómo eran los paisajes antes de los cambios, cómo fue el proceso de transformación y cuál el resultado final, y eso recurriendo casi en exclusiva a los fondos fotográficos del IGN, lo que sirve al mismo tiempo para dar una idea de las posibilidades que se pueden derivar de la utilización de materiales de otras fototecas con fondos más numerosos, que cubren ámbitos temporales más amplios o que disponen de vuelos con escalas de mayor detalle. Igualmente eficaz para esta tarea se muestra el empleo de la cartografía topográfica a escala 1:50.000, particularmente en el caso de zonas que, como ocurre con las principales áreas urbanas, disponen de series que cubren, cuando menos, la segunda mitad del siglo XX.

Recurriendo al empleo en exclusiva de fotos aéreas (contrastando por lo general una imagen del vuelo de la Serie B, realizado en 1956-57, con otra reciente), de fragmentos del Mapa Topográfico Nacional pertenecientes a distintas series, o a la combinación de ambos materiales, se organiza esta segunda parte en varios apartados.

El titulado «Paisajes agrarios en transformación» recoge ejemplos que van desde la conversión de áreas de secano en zonas regadas (Gallur, en la vega zaragozana del Ebro; los llanos interiores de Castilla-La Mancha; el Páramo leonés; o el Delta del Ebro en las proximidades

de la desembocadura del río) a la quiebra de los espacios rurales de montaña, con la desaparición de los usos y paisajes tradicionales y su sustitución por otros nuevos (repoblaciones forestales en el valle aragonés de la Garpollera o en las Tierras Altas de Soria; influencia de las actividades turísticas en el caso del Valle de Arán o en Alto Campoo), pasando por la evolución hacia paisajes donde se deja sentir el dominio de las actividades ganaderas (Campiñas vasco-atlánticas, Navarra media occidental en Zúñiga o Galicia interior en Terra Chá), salpicado muchas veces de usos forestales y acompañado en ocasiones de operaciones de concentración parcelaria.

A estos ejemplos, generalizables a muchas zonas del país, se añaden otros que se refieren a procesos más localizados y por lo general de carácter más espectacular, como la transformación de la huerta murciana debida a la presión urbana, la mutación del Campo de Dalías, área desértica convertida gracias al regadío y a los cultivos forzados en un espacio de aprovechamiento intensivo con altísimos rendimientos, o el camino de ida y vuelta que ha afectado a la Laguna de la Nava, en el «Mar de Campos», desecada y puesta en cultivo en los años 40 y 50 y revertida en los últimos tiempos a una situación similar a la original.

El apartado «Grandes Obras Civiles» centra la atención de forma preferente en la impronta espacial de la construcción de grandes embalses, tanto si estos tienen función preferente de riego (La Serena, en la vega del Guadiana), de producción de energía hidroeléctrica (Aldeadávila, en los Arribes del Duero), o mixta de generación de energía y de regulación de los cauces (Mequinenza, en la cuenca del Ebro). También han sido objeto de interés los efectos paisajísticos producidos por la construcción de infraestructuras de transporte, ya sean las relacionadas con el ferrocarril (efectos de la estación del AVE en Ciudad Real, o influencia de las infraestructuras ferroviarias en el crecimiento espacial de Logroño), la adaptación de las carreteras a las nuevas necesidades del tráfico (litoral catalán en Cubelles y Calafell y evolución de los trazados en el límite entre las provincias de Lugo y La Coruña), o la evolución de los espacios aeroportuarios, con el espectacular ejemplo del aeropuerto de Son Sant Joan-Playa.

Bajo el título de «Paisajes Construidos» se aborda la extraordinaria transformación experimentada por las áreas urbanas españolas, ilustrando tal circunstancia con visiones globales de los procesos que afectaron a las grandes áreas urbanas (Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Sevilla y Zaragoza), a algunas ciudades medias

(Málaga, Vitoria, Pamplona y Toledo), a zonas con procesos de urbanización complejos (Bahía de Algeciras y Área Central asturiana), o con análisis de partes de las periferias urbanas que se singularizan por su evolución, ligada por lo general al dominio de una actividad, industrial en el caso de Aranda de Duero (polígono de Allende Duero), de Onda (industria cerámica), de Arganda de Rey o del Corredor del Henares, y residencial en el caso de Bertamirans, en la periferia de Santiago de Compostela.

Por último, el apartado «Paisajes del Turismo» hace un recorrido por las mutaciones paisajísticas que han afectado a la práctica generalidad de las costas españolas en las últimas décadas, tanto las del litoral atlántico, donde las transformaciones han sido relativamente modestas (Ribadesella, costa oriental de Cantabria y Zaratuz), excepción hecha de algunos sectores del litoral gallego (costa de Baiona, en Galicia), como las de la fachada mediterránea, donde los cambios han sido sustancialmente mayores (llanura del Ter en Girona, costa de Orihuela, Benidorm, Fuengirola y Marbella), o las de las islas (Port d'Alcudia en Baleares y, particularmente, Maspalomas en Canarias).

También en esta segunda parte se deja sentir la falta, quizás de manera voluntaria por no ser el objetivo perseguido, de una cartografía de la dinámica de los paisajes elaborada a partir de las imágenes empleadas, lo que, en cualquier caso, constituye una línea de trabajo que queda abierta. Del mismo modo, el empleo conjunto de fotografía aérea vertical y oblicua, disponible en el último caso también para el período señalado, aunque en otros fondos fotográficos distintos a los del IGN, contribuiría a enriquecer el análisis, por cuanto se ofrecerían visiones complementarias del mismo fenómeno y se facilitaría la comprensión del paisaje a quienes no están familiarizados con la lectura de imágenes verticales.—
FELIPE FERNÁNDEZ GARCÍA.

*Córdoba en la obra de Juan Carandell**

Algunos autores se han dedicado, en los últimos años, a estudiar la caracterización y el desarrollo de la investigación geográfica que se llevó a cabo en España

durante el primer tercio del siglo XX, antes de la guerra civil, prestando atención a los círculos conectados con la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907, dentro del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Se ha estudiado la labor llevada a cabo por los naturalistas pertenecientes a esos círculos, procurando delimitar y valorar el papel que desempeñaron en la introducción y el consiguiente desarrollo en España de los puntos de vista de la Geografía de su tiempo.

En los trabajos de investigadores como Lucas Fernández Navarro, Eduardo Hernández-Pacheco o Hugo Obermaier, vinculados a la Sección geológica del Museo Nacional de Ciencias Naturales, dependiente de la Junta, se puede ver con bastante claridad la doble perspectiva —naturalista y geográfica— que a menudo los anima, la convergencia que en ellos se produce con frecuencia entre los puntos de vista de la Geología y los de la Geomorfología. Eran naturalistas interesados por los enfoques de la moderna Geografía física, y contribuyeron en no pequeña medida con sus investigaciones a favorecer la incorporación y el cultivo en España de los planteamientos que estaban promoviendo en otros países, dentro de ese ámbito, geógrafos tan destacados como Davis o De Martonne.

Pero esos círculos naturalistas no sólo favorecieron la adopción y el arraigo de las ideas y los métodos de la moderna Geografía física, sino que se abrieron además paulatinamente a otras dimensiones del horizonte geográfico moderno, a los planteamientos ofrecidos por la Geografía humana y, sobre todo, por la Geografía regional. Partiendo de su inicial formación naturalista, geológica, algunos investigadores se desplazaron hacia el campo de la Geografía, llegando a plantear sus trabajos como verdaderos geógrafos, atendiendo por igual a los aspectos físicos, humanos y regionales. De esos círculos naturalistas conectados con el Museo de Ciencias Naturales (y con la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas) salieron algunos de los primeros geógrafos que llevaron a cabo, en España, investigaciones de corte moderno, parecidas a las que se estaban desarrollando en el exterior. El ejemplo más acabado de esa evolución lo aportó Juan Dantín Cereceda, pero no fue el único. Algo parecido sucedió con Juan Carandell Pericay.

Ha sido Antonio López Ontiveros, catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Córdoba, quien se ha ocupado, desde hace algún tiempo, de estudiar con detenimiento la obra de Carandell. Ha estudiado tanto

* LÓPEZ ONTIVEROS, ANTONIO: *La Geografía de la provincia de Córdoba según Juan Carandell Pericay*, Córdoba, Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 2002, 86 págs.